

## Acosta/Okoizta

Los templos del norte de Zigoitia guardan las cicatrices más que notables del paso de aquella guerra entre 1936 y 1937. Las iglesias suelen estar en el centro de los pueblos, siendo su edificio más alto y más grande, así como su principal centro de reunión. Por ello, frente a la condición casi eterna e inmóvil que parecen tener, guardan a menudo las marcas dejadas por diferentes procesos acumulados en el tiempo

Después de una guerra, a menudo se intenta tapar dichas marcas. En un régimen como el de la Dictadura de Franco, además existía un discurso que todavía esgrimen algunos de sus llamados “nostálgicos”: el de la “Reconciliación”. Un discurso por el cual la victoria del ejército franquista supuso un reinicio “en paz” de la vida en la “Nueva España”. Por esta razón, ya se hablaba entonces de aquello de “cerrar heridas”.

Sin embargo, hay heridas que aún son visibles en nuestro paisaje. Éste es el ejemplo de la iglesia de Okoizta/Acosta. En su pared oriental, junto a un apacible parque de juegos infantil, podemos observar decenas de impactos de bala y metralla. Esta imagen, la de un parque infantil junto a los restos del más absoluto horror, hace que pensemos en esos otros lugares del mundo en los cuales la vida cotidiana convive con el recuerdo perenne de la guerra. Así ocurre en Okoizta/Acosta, pero también en Belchite (Zaragoza), en Sarajevo (Bosnia-Herzegovina) y actualmente en Alepo (Siria).

Pero en este pueblo también tuvo lugar uno de los conocidos episodios represivos a los que hemos aludido antes. El 12 de diciembre de 1936, milicianos del batallón UHP detuvieron al alcalde Félix Ruiz de Erenchun y a su cuñado Bernabé Aguirre. Fueron interrogados en Etxaguen y posteriormente trasladados a Bilbao. El 15 de diciembre se inició un juicio contra ellos por presuntos delitos de espionaje. Finalmente, se dictaminó su culpabilidad y fueron ejecutados a mediados de enero de 1937. El argumento del espionaje se basaba en que Ruiz de Erenchun y Aguirre presuntamente habían pasado información a la artillería franquista sobre la posición de una compañía del batallón UHP. Uno de aquellos días, el ejército franquista atacó con fuego de mortero una casa de Acosta/Okoizta, “con el resultado fatal de 14 milicianos muertos y 6 heridos” (Jiménez Sánchez, s.f.: 25).

Más tarde hablaremos de esa compañía prácticamente arrasada por un mortero. Ahora detengámonos un momento en recoger, aunque

sea brevemente, la historia de uno de los vecinos de este pueblo: Florencio Fernández de Larrinoa. Gracias a su familia, en los últimos años se ha podido rescatar un documento de grandísimo valor escrito de puño y letra por este vecino de Acosta/Okoizta. Este documento no es otro que el conjunto de sus diarios de guerra. Unos pequeños libritos en los que Florencio cuenta su experiencia en este conflicto, primero como simple vecino zigoitiarra preocupado por la situación general y después como combatiente movilizado en el batallón Flandes. Un diario que abarca desde octubre de 1936 hasta el 13 de junio de 1937, momento en el que, cuando las tropas franquistas estaban a punto de tomar Bilbao y poner así fin a la campaña en el País Vasco, Florencio resultó muerto en el frente de Dima.



En adelante, no haremos más que señalar algunas anotaciones hechas por Florencio sobre determinados episodios de la guerra en Zigoitia, su tierra natal y escenario de varias de sus vivencias. En general, de sus escritos se desprende que era un joven muy apegado a su pueblo, al que hace referencia innumerables veces. Además, una de las fijaciones recurrentes en su relato es poder coincidir con vecinos y amigos allí donde es destinado en cada momento. Este apego es notable ya en el mismo inicio de su diario, cuando, antes de ser destinado al Batallón Flandes nº 5, menciona una guardia hecha en el Alto de Mendigain “con mi vecino Félix”. Es de suponer que se trate de Félix Ruiz de Erenchun, quien precisamente meses más tarde sería detenido por milicianos del UHP.

Después, Florencio relata en sus diarios cómo combatió en el frente de Gipuzkoa aquel otoño de 1936, concretamente en Angiozar, muy cerca de Bergara. El 1 de diciembre, en las primeras 24 horas de la Batalla de Villarreal, Florencio fue movilizado junto a otros miembros del Batallón para reforzar líneas en Araba. El 2 de diciembre estuvo por Legutio y después, el 3 de diciembre, fueron llevados a Urbina para iniciar un contraataque contra las fuerzas republicanas que habían tomado Nafarrate previamente. Al día siguiente los combates continuaron “cerca de Menea”.

Más tarde, tras un brevísimo descanso en Vitoria, Florencio luchó en el frente de Uzkiano (Urkabustaiz). Un frente que había sido roto por la tercera columna del Ejército Vasco en su ofensiva. La idea de las fuerzas republicanas era la de abrir un nuevo frente, al oeste, para avanzar sobre Murgia y así además aliviar un poco la encallada situación que se vivía en el frente principal, es decir, en Legutio y Zigoitia.

Los días 13, 14, 15, 16, 17 y 18 de diciembre, Florencio, quien había pasado verdaderas penurias, más de una vez al borde la muerte, en Uzkiano, fue trasladado nuevamente a Zigoitia. Como veremos más adelante, esos días se produjeron fuertes combates en las colinas que van de Zestafe a Nafarrate, aunque para entonces las fuerzas franquistas empezaban ya a hacer efectivo su contraataque con éxito. La derrota republicana era un hecho y no pasó mucho tiempo hasta que Acosta cayó finalmente en manos franquistas.

**“Hegazkinek eta artilleria nazionalak suntsitutako hainbat etxe ikusten ditut, baita gure indarren posizioak aurreratuak ere, Urregi gainean eta Aldain, urrunago Zestafe herria ia suntsituta, hainbat etxe erreta eta bestek hondatuta”. (Florencio Fernández de Larrinoa, Okoiztako auzokide eta Flandes Bataloian soldadu)**

*“Se toma Acosta. Al siguiente día del avance puedo presenciar con mi propia vista que mi adorado pueblo había sido tomado por nuestras fuerzas, en una escapada que realicé hasta Nafarraterenbide, hablando con unos soldados del 3 de África lo comprobé más de seguro, pues ellos habían tomado parte en la toma”.*

*“Allí a lo lejos diviso mi pueblo y mi casa, al borde [de] la cual veo derrumbado, (seguramente por algún cañonazo de nuestra artillería). Ya no se contempla como en aquellos tiempos el vecindario dedicado a las faenas agrícolas propias del tiempo. Contemplo algunas casas semiderruidas por la aviación y la artillería nacionales, también contemplo las posiciones avanzadas de nuestras fuerzas en el alto de Urregui y Alday, al fondo el pueblo de Cestafe casi destruido, varias casas quemadas y las restantes destruidas”.*

*“Después de contemplar esta escena de la radical transformación del pueblo en los dos meses de mi ausencia, mi corazón queda desgarrado de pena y vuelvo a mis*

*posiciones casi lloroso y muerto de pena como casi nunca en toda la campaña”.*

La vista de su pueblo, meses después de su partida y tras durísimos combates que habían hecho de Acosta como uno de los puntos más calientes de la batalla, sobrecoge a Florencio. Si bien el tono habitual de las narraciones de este joven suele ser bastante neutro y con destellos de optimismo, los párrafos que recogen la situación de Acosta tras la Batalla de Villarreal son realmente tristes. Al día siguiente de contemplar los destrozos del pueblo desde la lejanía, Florencio solicitó permiso a su teniente para poder ir a casa y se lo concedieron. Tras comprobar brevemente el estado de ruina de su hogar, así como la ausencia de muchos enseres de la casa, Florencio solicitó al capitán al mando poder recoger algunas de sus pertenencias.

*“Seguidamente voy donde el capitán Pinedo, (comandante interino) que estaba alojado en la casa de Juan. Después de saludarle le expuse mi deseo y alcancé su permiso para recoger algo de las ruinas de aquella mi casa, permiso que enseguida me fue concedido y además me ofreció los soldados que necesitaba para ayudarme por hoy”. “Ninguno” -le contesté- “porque tengo que ir a las posiciones y no tengo permiso para detenerme más aquí”. “Pues si necesitas ahora mismo pueden ir a acompañarle los que están descansando.” “No, mi capitán” -le contesté- “muchísimas gracias. Por hoy sólo deseaba su permiso para precintar la casa.” Me contestó: “colocas un papel clavado en la puerta con esta inscripción – Se prohíbe la entrada por pertenecer a fulano de tal de tal compañía, etc.”*

De esta forma, la visita de Florencio Fernández de Larrinoa, soldado del Batallón Flandes nº 5 y vecino de Acosta, a su pueblo y a su hogar fue breve y en estas difíciles condiciones. Acosta había protagonizado algunos de los más cruentos combates y bombardeos de la batalla. Bombardeos incluso aéreos como el del 10 de diciembre, perpetrado por aviones franquistas en su intento por desalojar al Batallón UHP del Ejército Vasco (Aguirregabiria, 2014; 164). La pared oriental de la iglesia muestra algunas de las cicatrices de aquellos hechos. Hechos que hicieron que Florencio perdiese su casa, que más de una docena de milicianos socialistas perdieran su vida por un mortero franquista y que, como consecuencia de ello, más tarde llevasen a Félix Ruiz de Erenchun y a Bernabé Aguirre al paredón de fusilamiento.

Cuando conocemos estos hechos por lo menos

podemos poner nombres propios en algunos casos: Florencio Fernández de Larrinoa, Félix Ruiz de Erenchun y Bernabé Aguirre. ¿Pero qué hay de aquellos milicianos muertos por la artillería franquista? ¿Cuáles son sus nombres? Aquí, una vez más, entran en juego las lógicas de la memoria hemipléjica, de una memoria que en cierto modo honró a algunas víctimas, pero no a otras. Éstas quedaron a la espera del recuerdo y el homenaje hasta tiempos recientes.

**Josu Santamarina Otaola**  
**Arqueólogo, Grupo de Investigación en**  
**Patrimonio Construido (GPAC)**  
**Universidad del País Vasco – Euskal Herriko**  
**Unibersitatea (EHU-UPV)**

**Publicado en Zigoitiko Akelarrea nº 11” In**  
**Memorian 1936” en 2020.**